y suplíquele que pues le hiere el muslo de la carne, que sea para andar mas aliviado en el espíritu; y pues es para que en el cuerpo pague con dolores lo que en el cuerpo pecó, no sea causa para acrecentar nuevas deudas, lo que es dado para satisfacer por las pasadas. Viva con recato de sí mismo, y no crea á su cuerpo en todo lo que le pidiere, y ofrézcalo á la cruz del Señor en compañía del santo Espíritu suyo, y no lo desechará él, pues tuvo par de su cruz ladrones en cruces; y ya que no pueda tener ejercicio de meditacion ó leccion como querria, no deje de hacer algo lo mejor que pudiere, y sin grave daño de su salud; que el Señor es tan poderoso, que da fuerzas á quien ve trabajar, y tan buenas, que algunas veces da mas dádivas á los que enfermos y en cama no pueden orar, que á los que muchas horas lo hacen; y por ventura querrá usar con Vm. de esta misericordia, pues no le cuesta mas de quererlo.

Pídole por amor de nuestro Señor *ut non circumferaris omni vento doctrinæ* (*Ephes.*, 4), y que estime aquellos por cuyas manos ha recibido misericordia del Señor, imitando al ciego, que ninguna persuasion humana le quitó el crédito bueno de aquel que le habia curado de ceguedad perpetua; lo cual él tenia por señal grande de la bondad de su Maestro, cuando decia (*Joann.*, 9) : *Si peccator est, nescio : unum scio, quòd cùm cæcus essem, modò video.* Y aunque esto decia, bien creia que era justo, como por su santa porfía parece, y por la merced que el Señor le hizo, dándosele á conocer en el templo en pago de la fe que defendia. Yo he oido algunas cosas que los émulos de estos Padres dicen, mas ninguna he visto ser razonable, ni creo que la hay; y paréceme bien que el defenderlos Vm. sea mas con mansedumbre y pocas palabras, que no de otra manera; que el Señor tiene mucho cargo de estas cosas, y es amigo que se lleven con toda blandura y tolerancia; y Dios more con Vm. siempre, pues por él murió.

## CARTA XXXVII.

A un caballero que fué á estudiar á Salamanca, y le hicieron retor: que en el servir á nuestro Señor no bastan deseos sin obras. *(Nuevamente aumentada.)*

La ida á esa universidad sea enhorabuena, estada y venida. Ya Vm. sabe que en este negocio de servir á Cristo, no bastan deseos tibios, si no se acompañan con obras verdaderas, y con sudores algunas veces, que son como de sangre; y temo yo mucho no espante á Vm. la dificultad del camino, y pierda lo dulce del meollo por amargarle mucho la cáscara. Breve es el puerto que hay que subir en el camino de Dios, y despues de él probamos lo que está escrito: *Ducam te per semitas æquitatis, quas cùm ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui* (*Prov.* 4). Y entónces prueba el hombre que es pua del yugo de Cristo, pues él da la mano á los que han sufrido las tentaciones por él, y consuela á los llorosos, y medicina los corazones quebrantados. ¡Dichoso trabajo, aunque otro consuelo no sucediese que el que se pasa por tener en pié la bandera de Cristo, queriendo mas sufrir los golpes pesados de la tentacion, que gozar de la mala paz, teniendo guerra con Dios!

Humíllese mucho Vm. á nuestro Señor; gima delante los ojos de su misericordia su propia miseria; que no hay camino por que bien nos vaya sino es el favor del cielo, y no hay camino para que este venga sino el conocimiento profundo de nuestra miseria, dando voces de aquellas honduras al Señor, que mora en lo alto y no desecha á los que están apesgados con la carga de sus miserias, y sumidos, como dice Jeremías (*Cap.* 38), en el lago, y una piedra sobre ellos. Y bien me parece la conversacion que quiere tomar con esos Padres; porque el bien que agora sienten en esa ciudad de ellos, há muchos dias que yo lo siento. Solamente mire Vm. que no sea en balde el buen ejemplo que viere; y plega á nuestro Señor sea servido de, siquiera por dar contento á Vm., llevarme por allá. La excusacion de Vm. es justa en haber aceptado la retoría, pues tan calificadas personas se lo aconsejaron y tantas personas le constriñeron. *Sed obsecro, Domine*, no se descuide ya en la mar metido, pues no sin causa temió á la entrada en él; que yo, cierto, receloso estoy que nuestro adversario urdió esto para le impedir de su camino que á Dios llevaba; porque como las ocupaciones, aunque buenas, no se hayan de imponer á los principiantes porque suelen turbarlos, por no tener puesto en paz lo que á ellos toca, ha hecho mucho mal á muchos por esta via, y hécholes parar en lo que el golondrinillo que sale á volar ántes de tiempo; el cual, como no tiene fuerza para proseguir su vuelo en alto ni para tornar á su nido á do estaba, cae en manos de muchachos, que juegan con él, y despues le matan.

Y tanto este negocio es mas sutil, cuanto viene debajo de buen celo, el cual deben de temer los principiantes poco ménos que el propio pecado; porque si en ellos alguno hay, justo es celarse á sí mismos, y fuera de esto, es un gran despeñadero de muchos. Vm. tenga muy gran temor de las que le parecen cosas buenas; porque por aquí suele el demonio meridiano engañar á los que con tinieblas abiertas no pudo. Y no se arroje Vm. á reformar grandes cosas, ni piense que fué puesto ahí para ello; pero ántes tema no sea castigo de sus pecados; y si su corazon le prometiere grandes provechos agora en el oficio, no le crea, ántes se postre delante del Señor con temor, suplicándole le tenga, no pierda aquello poco que le habia dado de su conocimiento; y si en algo se hubiere de entender, sea despues de muy encomendado á nuestro Señor, y cosa que no tenga tanta dificultad, que se crea de cierto que ha de costar á Vm. mucho de su ánima, y al cabo ser el provecho incierto. Otro hará esas cosas, ó Vm. otra vez. *Nunc, domine mi, te ipsum rege, inspice, et vias tuas diligenter scrutare, et quia parum habes olei, responde petentibus, ne fortè non sufficiat nobis et vobis* (*Matth.*, 25). Y con este temor religioso (aun en lo bueno), y con llamar á nuestro Señor *ex corde*, y con que no pierda su estudio, podrá agora pasar este paso peligroso sin lesion. La cual conceda Cristo por su sangre. Amen.

## CARTA XXXVIII.

Para un caballero, al cual pretendia llevar á la religion. *(Nuevamente aumentada.)*

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas rio abajo y rio arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza, y los prenda del todo el anzuelo; por lo cual no se maraville Vm. si tantos golpes nuestro Señor le da, contradiciendo á lo que llevaba pensado y deseado; que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de Vm. recios de tomar, y rebeldes á morir; y han menester que á poder de golpes los canse el



Señor y los mate, para que no vivan en Vm. sino la fe en el Señor, y la voluntad del mismo Señor. Entienda Vm. la sofrenada y las señas que le hace su Señor; porque, así como es alabado, *et acceptus Domino minister intelligens* (*Prov.* 14), así es vituperado quien no entiende, no solo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla como ser desatinado de su propio tino, y que *omnis sapientia tua devorata sit, ut sic clames ad Deum, et de necessitatibus tuis liberet te.* ¡Qué idolatría mas dañosa que fiarse un hombre de su parecer! Y ¡qué casamiento mas monstruoso que estar el hombre casado con su propia voluntad!

De aquí nacen monstruos tan espantables cuan abominables, que meten á quien los engendró en los abismos de los infiernos, si no, quite Vm. que uno siga su parecer, no ame su voluntad, y quitarle ha el infierno. Para esto tal ofrézcase como un poco de barro en las manos de este soberano ollero, y dígale lo que está escrito: *Fictor noster es tu, nos verò lutum* (*Isai.*, 64). Y tenga por muy acertado lo que le viene contrario á su voluntad; porque tal es la de los hijos de los hombres, que por solo desear una cosa, tiene resabio y sospecha que no es buena; porque lo que agrada al malo ¿cómo nos fiarémos de ello? Tenga Vm. cuidado en el tino de cómo Dios le guia, y de esto se le ha de pedir cuenta; y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios: de suerte que no le enamore cosa que debajo del cielo haya, por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios; y cuando este es que no alcancemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo; pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien este ama, ama á Dios, y quien este tiene, á Dios tiene. En cuantas quejas da Vm. de sí, creo que tiene razon, por ser hombre, y no estar en el cielo; y hace Vm. bien en quejarse; que por así se suelen quitar las que nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán, cierto, mas de las que nosotros entendemos; porque ¿quién entenderá las riquezas de la bondad de Dios, y las faltas de nuestras miserias? Plega al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor; que de otra manera dirá el mas estirado: *Cor meum dereliquit me*, de ver en sí tantas deudas pasadas, presentes, y que tiene por venir.

No sé qué hacemos con este miserable de nos, ni para qué lo queremos tener por nuestro, ni á nuestro cargo; démoselo á quien tiene bondad para lo sufrir, y sabiduría para lo curar y regir; que, cierto, él irá cargado de una cosa harto pesada é insufrible, si no fuere su amor incomprehensible. Gran ayuda es para negarnos, vernos tan enemigos de nosotros mismos; y ser tan miserables sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos y echarnos de casa, aunque mucho nos costase; y con todo esto, suena el pregon de la divinal bondad, que David sale al campo perseguido sin culpa, y que se lleguen á él los adeudados, y que tienen angustia y amargura de corazon. Bendito sea Cristo, amen, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos; y lo que peor es, que estemos tan ciegos, que rogándonos él que á trueco de ser nuestro él, seamos nosotros suyos (¡ay de nos!), todavía buscamos á nos, *et quæ nostra sunt, non quæ Jesu-christi* (1 *Cor.*, 13); y nos queremos poseer no mas de por ciega aficion, sin querer probar cuán sabrosa y justa, y provechosa cosa es ser de Cristo y andar á su voluntad. Cristo le dé su luz en todo, amen, y sea todo de Vm.

---

# TRATADO SEGUNDO.

### PARA RELIGIOSAS Y DONCELLAS.

---

## CARTA PRIMERA.

Para la Sta. Madre Teresa de Jesus, enviada en tiempo que tenia algunas perturbaciones y persecuciones acerca de un libro que le decian sacase á luz; y avísale cómo se haya en su modo de proceder espiritual; declárale el camino mas seguro para el trato de Dios, y dale avisos cómo se haya de haber en este trato de su oracion.

La gracia y paz de Jesucristo nuestro Señor sea con Vm. siempre. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podria yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias á Cristo que, aunque lo he leido no con el reposo que era menester, mas heme consolado y podria sacar edificacion, si por mí no queda, y aunque cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demas, no me parece que el respeto que debo al negocio y á quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, á lo ménos en general.

El libro no está para salir á manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas; y otras cosas hay que al espíritu de Vm. pueden ser provechosas, y no lo serían á quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva á unos, no son para otros. Estas, ó las mas de ellas, me quedan acá apuntadas, para ponerlas en órden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas á Vm.; porque si Vm. viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverian mas á compasion que á culparme de negligente.

La doctrina de la oracion está buena por la mayor parte, y muy bien puede Vm. fiarse de ella y seguirla, y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios al ánima, sin imaginacion y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y S. Agustin habla bien de él.

Las hablas interiores y exteriores han engañado á muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las ménos seguras: el ver que no son de espíritu propio, es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno ó malo, es mas dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor, y una es, que sean dichas en tiempo de necesi-

dad ó de algun gran provecho, así como para confortar al hombre tentado ó desconfiado, ó para algun aviso de peligro, etc.; porque, como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, ménos la hablará Dios; y mirad esto; y ser las palabras conforme á la Escritura divina y á doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, ó de las mas, ser parte de Dios.

Visiones imaginarias ó corporales son las que mas duda tienen, y estas en ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible: debe el hombre suplicar á nuestro Señor no permita vamos por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva á sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas (1).

Mas si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista á vanidad, sino á mayor humildad; y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo, y con una satisfaccion interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ella; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre; y este es el medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse á parecer ajeno, no dajará engañar á quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona á quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo á la bondad del Señor sacar de malos, justos, y aun de pecados, y graves, con darles muy dulces gustos suyos, segun lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento ni por ser uno mas fuerte, ántes algunas por ser mas flaco; y como no hacen á uno mas santo, no se dan siempre á los mas santos.

Ni tienen razon los que por solo esto descreen estas cosas porque son muy altas, y parece cosa no creible abajarse una Majestad infinita á comunicacion tan amorosa con una su criatura. Escrito está que Dios es amor; y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben á los que no le conocen; y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y mas que amoroso trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicaeion; y así he visto á muchos escandalizados de oir las hazañas del amor de Dios con sus criaturas, y como ellos están de aquello muy léjos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace; y siendo razon que por ser la obra de amor, y amor que pone admiracion, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy mas en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasion de descreer, de donde la habian de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, segun del libro consta, que Vm. ha resistido á estas cosas, y aun mas de lo justo; paréceme que le han aprovechado á su ánima; especialmente le han hecho mas conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas; han durado mucho, y siempre con provecho espiritual; incítanle á amor de Dios, y á propio desprecio, y á hacer penitencia: no veo por qué condenarlas; inclíname mas á tenerlas por buenas, con condicion que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, ó dice que haga alguna cosa particular y no muy llana. En todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. Item, se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. Item, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo; y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio á la humildad, virtudes y amor del Señor. Tambien conviene no adorar vision de estas, sino á Jesucristo en el cielo ó en el sacramento; y si es cosa de santos, alzar el corazon al Santo del cielo, y no á lo que se me representa en la imaginacion: baste que me sirva aquello de imágen para llevarme á lo representado por ella.

Tambien digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos á otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados y en vasos flacos, para que sea mas glorificado.

Vm. siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé grácias á nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz; y de esotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de nuestro Señor; y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto en mis fuerzas, pues no las tengo; pero la oracion de Vm. lo ha hecho: pídole por amor de Jesucristo nuestro señor se encargue de le suplicar por mí; que él sabe que lo pido con mucha necesidad; y creo basta esto para que Vm. haga lo que le suplico; y pido licencia para acabar esta, pues quedo obligado á escribir otra. Jesus sea glorificado de todos y en todos. Amen.

(1) Fr. Diego de Yepes, á fol. 166, en el lib. 1, tiene este capítulo del libro que escribió de la Sta. Madre Teresa de Jesus.

## CARTA II.

Para una religiosa: contra la desconfianza.

Muchas vuestras he recibido despues que de esa ciudad partí, en algunas de las cuales me significábades los trabajos en que vuestra ánima estaba, y en otras el consuelo que el Señor os habia comenzado á dar; y creo que en algunas de ellas deciades haberos del todo sido tornada la paz y consolacion que primero teniades. A ninguna de estas cartas he respondido, ó porque mis pecados impiden que yo no tenga gracia para consolaros, ó porque vos teniades confianza en mi poquedad. Ahora á la postre recibí una carta, en la cual me decis estar tan afligida, ó mas, que primero: pedisme que os escriba; dióme pena vuestra pena, y esta me ha movido á os rogar que por amor de Jesucristo crucificado no os dejeis cegar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordeis cuán fiel es el Señor á quien vos os ofrecisteis, y cómo es cosa usada á su sabiduria infinita salvar á los suyos por medios que ellos no saben,



escondiéndoles el amor que los tiene, y enseñándoles algun rigor; y esto no por cruel, mas por verdaderamente misericordioso, sabiendo él que nuestra enfermedad va mas segura debajo del azote de la tribulacion, que encima de las palmas de la prosperidad. Muy agria cosa os parecerá la desconsolacion que teneis; no podréis sufrir el peso de la airada cara de nuestro Señor que decis que os muestra, y desvíos que decis que os da; mas yo os digo, hermana, que cuando agora tiene la tribulacion tanto peligro, tanto peligro tiene la consolacion, y mucho mas debe ser temida la prosperidad que la adversidad; porque en la una corre el ánima peligro de perder á su Dios, y en la otra, aunque padece trabajo, él mismo la incita á mas llegarse á Dios. Y si decis que el peso de la desconsolacion algunas veces pone en riesgo el ánima con la impaciencia, verdad es; mas sabed que muchas mas veces, y con trances mas peligrosos, peligra el ánima con la dulzura de la consolacion.

Acordáos del apóstol S. Pablo, que con la gracia del Crucificado tenia por gloria los trabajos de la cruz; y aunque de fuera le cercaban guerras y dentro temores, su ánima estaba guardada como en puerto seguro; mas era tan grande el peligro que corria de la bonanza de las consolaciones y revelaciones, que si no permitiera Dios que sobrevinieran algunas tempestades de trabajos interiores y exteriores, que con grandes pescozadas abajasen su cuello para que no se ensalzase, corriera peligro por ocasion del consuelo, al que no habian podido derribar los muchos desconsuelos; y así lo amargo fué cura de lo dulce, y el ángel de Satanas fué ocasion de provecho al que de la comunicacion con Dios se le levantaba por su propia flaqueza ocasion de caida. Pues en aqueste vaso de escogimiento esto acaeció, y le fué necesario el padecer para librarse de los peligros del gozar, ¿qué os maravillais vos que haya Dios mezclado vuestro gozo con lloro, y se haya tornado vuestra arpa en llanto, y vuestras dulces comunicaciones con Dios en desabridos desvíos de él? Sus ojos ven lo que no ven los vuestros, y sabe muy bien la vanidad de vuestro corazon, que no sería para sufrir el peso del favor divinal, ó habiendo algunos excesos de trabajos corporales con la dulcedumbre del gusto divino, ó teniéndoos en mas que á los otros que de estas consolaciones carecen, ó por otras muchas faltas que en la maldad de nuestro corazon caben, cuyo abismo no se puede escudriñar sino de aquel que lo hace. Y si no hay en vos necesidad de esta medicina, porque quizá aunque Dios os enseñaba favor, no cayérades en estos males, otras muchas causas hay porque el Señor trate á los suyos, todas las cuales paran en amor, aunque al humano sentido parezcan desamor.

Ya sabeis que suele decir: Quien bien te quiere te hará llorar; y la Escritura dice (*Prov.* 27) que son mejores las llagas del que nos ama, que los falsos besos del que nos aborrece. Y tened por cierto que el Señor os ama, y por eso os trata de esta manera; porque escrito está: Castiga el Señor al que ama, y azota á todo aquel que recibe por hijo. Y así como en tiempos pasados enviaba Dios á sus amados espantables martirios por manos de crueles sayones, poniéndolos en graves guerras, para despues darles hermosas coronas; así agora, pues han cesado los exteriores martirios, envia á sus amados otros interiores, tan grandes ó mayores, aunque secretos, que los exteriores; porque acullá martirizaban los hombres, y consolaba Dios, y con la fortaleza del mas fuerte eran sobrepujados los tormentos que daban los flacos; mas acá el que desconsuela es nuestro Señor, que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, por mil artes atormentan al ánima, que es mas sensible que el cuerpo; del cual tormento muchas veces redunda al mismo cuerpo, y está el hombre entero todo de dentro y fuera puesto en desconsuelo de cruz: gime y pide socorro á nuestro Señor, y no solo se hace sordo y escondido mas que detras de siete paredes, mas aun siente que el Señor se desvía de ella, no solo no dándole favor, mas aun enseñándole el disfavor, como con la Cananea, que primero no la respondió, y despues la llamó de perra. Hora es aquella de grande angustia, y en ninguna parte halla el ánima reposo, como cuando uno se ahoga en un profundo mar sin hallar en qué hacer pié, ó como el que está atado de piés y manos, y prueba á levantarse y no puede; porque, ansí como aquel á quien Dios consuela, ningun tormento ni pena le puede desconsolar, así al que Dios desconsuela, ninguna cosa le puede alegrar; mas por tal desierto y imágen de muerte conviene ir á los siervos de Dios tras su Señor, y por aquellas tinieblas y tristezas conviene pasar para llegar al descanso. Este martirio ha de pasar por su Esposo el ánima que por él desea traer empresa de amor, y entre estas espinas se ha de espinar la que quiere ser conforme á su cabeza espinada, y estos tragos da á beber, y estos sudores ha de sudar la que quiso compañía con aquel que el Juéves Santo en la noche, estando en agonía cruel, sudó por su cuerpo gotas de sangre, en testimonio que su ánima estaba triste hasta la muerte. ¿Pensábades por ventura que era cosa muelle el servir á Cristo? O que comenzástes pequeño negocio cuando comenzastes de le amar?

Morir conviene cada dia, como hacia S. Pablo, á los que pelean las peleas del amor, y serles cruel contra sí mismos, como unos vasos perdidos, por no faltar á la fidelidad del amor, al cual nunca bien sirvió el flojo ni el desconfiado: el uno porque busca su propio regalo, habiendo de buscar el contento de su amado; el otro porque creyendo ser amado, enflaquece en el amor; y de estos males libra la fe, junta con obediencia, haciéndonos creer que Dios nos ama, y entónces mas, cuando mas se esconde su amor y cuando mas riguroso y cruel se nos muestra; porque la condicion de la verdadera fe es creer, no solo con prendas y señales, mas sin ellas, y no solo sin ellas, mas contra ellas, pareciendo en esta cualquiera virtud que de allí dé muestra su mayor fuerza y resplandor, donde ménos ayudas y mayores impedimentos se ofrecen. Aquel es verdadero amor, que ama al que merece ser desamado; y aquella verdadera paciencia, que sufre las sinrazones é injusticias; y entónces la castidad merece muy buena corona de gloria, cuando en diversas tentaciones ella está firme. Y así sabed conocer el verdadero valor de la fe verdadera, que cree y tiene esperanza en la verdad y bondad de Dios, contra la esperanza ó desesperacion que la razon humana ó los sentidos podian causar; y con ella vemos lo invisible, por escondido que esté; y por mitad de las lanzas, que son los disfavores de Dios que sentimos, entramos y llegamos hasta lo mas secreto del corazon de Dios, y conocemos que nos ama, aunque muestre señales de desamor, las cuales entónces estimamos segun verdad, cuando las tomamos por prueba

de nuestra fe, y ejercicio de nuestro amor, y acrecentamiento de nuestra corona, y materia de nuestra obediencia. Si no, decidme, ¿cómo será probada la mujer casta, sino con combates y contrarios á su castidad? Y cómo se probará vuestra fe, sino con sentir señales de desamor que os mueven á desconfiar?

No os peneis porque vuestro Esposo quiere probar vuestra fidelidad; que cosa es muy usada entre esposo y esposa; y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor, el cual no es razon que lo tengais ocioso, porque en él está vuestra vida y vuestro tesoro; y para hacer este oficio os escogió Dios; y si ejercitarlo quereis, ha de ser con amor, sin que sintais ser amada, queriendo vos y siguiendo al que parece que huye de vos; porque el que no ama sino cuando siente que es amado, no es verdadero amador, pues tiene respeto á sí mismo. Mas en esto se verá si sois Cananea, en que siendo injuriada y desechada importuneis al Señor; y siguiendo al que huye, y humillándoos al que os trata como á perra, no le dejeis de amar pura y sencillamente, como si sintiésedes grandes regalos y favores de él, que al fin os responderá: Mujer, grande es tu fe, hágase como tú quieres; mas estad vos determinada de serle fiel, y que le digais de corazon: Yo, Señor, os quiero amar, aunque vos no me ameis: yo os quiero buscar y enseñar buena cara, aunque vos huyais de mí: ámeos yo, y haced de mí lo que fuéredes servido; y así tornárseos han los disfavores en ejercicios de verdadero amor, con el cual debeis de quedar mas contenta, que con los disfavores penada; y no solo en ello agradaréis á Dios, mas aun ganaréis para vos muy grande corona; porque á la medida de los desconsuelos se ha de cortar la ropa del gozo que en el cielo nos han de dar, y de las semillas de las lágrimas hemos de coger los manojos del alegría; y no por ser consolados y devotos hemos de ser coronados, mas por ser trillados con diversidad de tentaciones, y por gustar gustos de hiel que tengan imágen de infierno y tormentos de él, sufriendo con ánimo igual todas estas cosas, creyendo ser pocas y livianas en comparacion del sobre excelente peso de gloria que en los así humillados y mortificados será revelada, y preciarnos de ser obedientes á la ordenacion de Dios, no solo en lo que bien nos sabe, mas aun en lo que nos lastima; porque de otra manera ¿qué mucho hace la esposa en obedecer al esposo en lo que á ella trae contento, pues para aquello no es menester amor, mas la propia codicia basta para engendrar aquella obediencia? Y no sé yo con qué ojos le mirará, pues él por ella obedeció al Padre en la obediencia de tanto trabajo, diciendo: No como yo quiero, sino como tú quieres, sea hecho; diciendo ella al contrario: No como tú quieres, sino como yo quiero; queriendo ser llevada por otra regla que su cabeza fué, y que la voluntad siempre buena de Dios sea torcida para se conformar con la nuestra, que busca, no lo que verdadera y eternalmente nos cumple, mas lo que parece nos da algun temporal descanso.

Despertad, doncella, del sueño en que estáis, porque ya es hora: tomad el escudo de la fe, pues que Dios os armó con él: desechad vuestros desmayos, creyendo que sois amada, aunque no regalada, y quejáos de vos, que un poco de disfavor presente basta mas para derribaros, que los muchos favores pasados para teneros en pié. Muy al reves lo haceis; porque siendo razon que en el tiempo de la tribulacion os acordásedes de la pasada consolacion, creyendo que lo que agora teneis es para probaros qué tanto fiais de Dios, ó poneis vos sospecha en el amor, creyendo mas á la señal y hoja, que á la raiz y verdad, no teneis causa para estar desmayada, aunque estáis trabajada; porque el Señor no se ha ido de vos, sino fingió que se iba, y quiere ver qué haceis vos, como la madre que se esconde detras del paramento para mirar y escuchar lo que el niño hace y dice pensando que la ha perdido, mas despues sale y lo consuela con nuevos regalos; y si teneis temor que por vuestras faltas é ignorancias os ha dejado y dado carta de participacion, muy engañada estáis; porque en mayores caidas él consuela, diciendo: Tú has fornicado con muchos amadores, mas tórnate á mí, y yo te recibiré (*Hierem.*, 3). Aunque él quiere que sus siervos conozcan las faltas en que caen, no quiere que se desmayen ni demasiadamente entristezcan; porque suele en esto recibir mayor deservicio que de la misma caida; ni tampoco quiere que la falta que es como un grano de mijo, la tengan por muy grande elefante, y muy ménos quiere que tengan por pecado lo que no lo es: de manera que no habiendo caido y estando penada como estáis, ofendeis á su verdad.

Si hubiéredes caido, ofendeis á su misericordia en no creer de llano que os ha perdonado, y ofendeis á su amor, sospechando de él que os ha olvidado, y ofendeis á los que os envia, teniéndolos por mensajeros y señales de ira, siéndolo de verdadera misericordia. Atrevéos, pues, ya á salir de vuestro estrecho sentido, y sentid de Dios en bondad, como conviene á la honra de Dios, y no vivais tan ciega, que querais medir el corazon bueno de Dios por las reglas de vuestro apocado, ni penseis que os será agora riguroso juez, el que en otro tiempo y en negocios mayores os ha sido piadoso padre. No miró á vos cuando os perdonó y llamó, sino á la sangre que por vos derramó; ni está agora colgado de vuestras manos para amaros por ellas, mas vos estáis puesta y escrita en las suyas, segun él lo dice por Esaías; y por ellas os ama, y con ellas os aguarda, aunque cuando á vos parece que os da bofetadas, mas es misericordia suya vuestro remedio y salud, que no merecimiento vuestro: hija sois que va por via de herencia, y no de trabajo de jornalera habeis de heredar: confiad de Dios y dadle gloria, porque en cosa tan indigna pone sus ojos, y á cosa tan baja tanta alteza ha de ensalzar; y sabed que no ha menester cosa de vos, y si algo quiere es que le deis sacrificio de alabanza, confesándole por vuestro gracioso perdonador, y piadoso levantador de vuestras caidas, y velador nunca dormido para haceros mercedes y para sacar bienes de vuestros males; y vuestro sapientísimo guiador, que os lleva y salva por tales caminos, que á vuestra ignorancia parecen rodeos muy descaminados. Todo esto hace por su sola bondad, mirando quién es él, lo cual pesa mas para salvarnos, que vuestra maldad para condenarnos; y vos lo debeis creer así, que no es mucho que lo mas venza á lo ménos, y Dios á la criatura. Y sea la última conclusion que, como vuestra bondad fué parte para que Dios os amase y llamase, así hará él que vuestra maldad y flaqueza no impida á las misericordias que os ha de hacer para siempre. Continuad vuestras comuniones, y écheos Dios su bendicion, que á mí muy bien me parecen; y en el dia que teneis señalado, comulgad, y Dios os dará fuerzas para que no os dañe, pues no tiene enojo con vos: él sea vuestro amor, pues le es amador.



## CARTA III.

A una monja: sobre la misericordia que hace Dios á los que llama á religion.

Sierva de Jesucristo: Algunas veces he pensado si nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida á gozar de sí, pues estando acá y estar tanto tiempo sin hacerme saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increible, aunque algunas veces es tanto lo que da acá nuestro Señor á sentir de sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en aquel que es todas las cosas. Plega á su bondad que la causa de no escribirme sea esta, porque no solo no me quejaré, mas en gran manera me alegraré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo, como verla toda ocupada en amar y ser amada de nuestro Señor, pues este es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado, y de lo que Dios con vos ha hecho?

Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con él? Teneisle muy asentado y muy querido en vuestro pecho? Hiere el cuidado de tenerle contento á vuestro corazon, para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no le deja reposar, sino como perpetua espuela anda aguijando y solicitando al ánima, para que cada dia mas y mas procure de agradar al que ama; y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hácia arriba. No tiene que ver este amor con tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor; y este es amor de esposa leal, que vos, Señora, es razon que seais, pues lo sois en la profesion, y teneis interior llamamiento para poner en obra á lo que de fuera sois llamada: no os olvideis del dia en que á vuestro Esposo os ofrecistes en mano de vuestro prelado, ni del dia en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazon, y os dió á conocer á vos misma y á él, cuando dijo en vuestro corazon: Hágase luz; y huyeron tinieblas y tristeza; y como quien ve la lumbre del cielo vive en alegría y sabe por dónde ha de ir sin tropezar; porque si de estos dias os acordárades, veréis á que en el primero quedastes obligada á poner muy particularmente vuestro amor en nuestro Señor; y pues el contrato del matrimonio obliga á cada una de las partes á amar á la otra, y en el segundo dia el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dió á vos fuerzas para pagarle vos, segun vuestra flaqueza, el amor que le debeis; porque de vuestra parte, ¿qué teneis vos sino obligacion, y no de qué pagar ni cómo salir de ella? Como pobre adeudada, que me parece estar en la cárcel presa en mendicidad y hierro, como dice David; mas el rico Jesucristo os dió de la riqueza de su gracia, con que le conozcais y ameis, y podeis vencer lo que os contrasta, y de derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que á Jesucristo quieren servir.

No es razon, señora, no es razon que olvideis lo que debeis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedais mas obligada á servir á Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbre y favor particular del cielo para servir al Señor, no es de muchos. Abraham dones dió á los hijos de sus ménos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la mas querida mujer, su herencia le dejó: para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida á unos y á otros. A Dios gracias, que vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor, pues os fué dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazon; para despreciar á vos misma, y para obedecer á vuestra prelada como á madre, y amar á todos como hermanos, y á Dios mas que á la lumbre de vuestros ojos. Esta es la razon celestial que os fué dada para que vos fuésedes rica y abastada en Cristo puesto en la cruz, y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicistes, la hermosura invisible que en vuestra ánima fué puesta; ¿qué resta sino que, como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para las guardar, así vos seais muy cuidadosa en guardar las que nuestro Señor os ha dado, para que no vengais á empobrecer en el ánima despues de haber sido rica; que es vida muy mas trabajosa y triste que las de los que nunca supieron qué eran riquezas?

Acordáos de lo que vuestro Esposo dice, y pensad que lo dice á vos, como es verdad: Ya estás sano; mira no quieras pecar mas, porque no te acaezca otra cosa peor. Vivid en un santo recelo, si habeis de poner en guarda lo que nuestro Señor os ha dado; si habeis de ganar cinco talentos con los cinco que os dieron; si habeis de tener oleo en vuestra lámpara, no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras orejas. El Esposo viene, salidlo á recibir; porque si con este cuidado vivis, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en qué entender y enflaquecer. La Escritura dice que basta para quitar el sueño. Y si no lo teneis, pesarme ha mucho; porque faltando este, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas, cuanta falta de mirar por la propia; y poco á poco viene el ánima á ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendicion y dulcedumbre, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas, que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habeis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedir perdon á nuestro Señor, que es benigno y misericordioso, y aunque se enoja con los defectos de los que ya le conocen, y los castiga, no desecha á los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de padre: idos luego á él, aunque penseis que lo habeis enojado; que para eso os enseña el enojo, para que se lo quiteis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos: no os dejeis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar; ni os desmayeis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razon, y sois mujer, y no ángel, flaca, y no con firmeza.

El mayor placer que á vuestro enemigo podeis dar, es quedaros caida en el camino, como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza, y como á quien ya no toca el negocio del cielo. Quiere el Señor que sintais de él su bondad, y que no desecha á los que, conociendo la propia flaqueza, van á le pedir remedio y fuerza; y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces, por sanarnos de ella, nos deja caer en cosas que estaban muy léjos de

nos, y caidos, levántanos; y conociendo por experiencia quién somos, agradecemos quién es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar á perder lo que ya una vez perdímos; y así nuestro sapientísimo Médico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas, y vida de nuestra muerte, y muestra su bondad en nuestra maldad; y aunque peleamos nosotros contra él con armas de pecados provocativos á que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciendo mil cuentos de beneficios. Servid, pues, á este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habeis hecho, dadle por ello gracias; y si le habeis faltado, tornad á él con vergüenza y propósito de enmienda, y consolad vuestra ánima con los santos sacramentos y remedio que dejó, y comenzad el camino de nuevo, y aprended á no tropezar en lo que mas veces tropezastes, para que seais de aquellos que dice S. Pablo, que á los que aman á Dios, todas las cosas se les tornan en bien; y que aunque caen, no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano; y entre estas cosas acordáos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia; y dad mis encomiendas á todas las personas que en esa casa sirven al Señor, el cual sea vuestro eterno amor. Amen.

## CARTA IV.

A una abadesa, consolándola en la muerte de su hermano.

M. Rda. Señora: Desde acá veo cuál está el corazon de Vm. con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazon algo de la pena del de Vm., y lo demas saco por lo que el deudo tan cercano y el amor tan entrañable juntos á una atormentarán ese corazon. Menester es medicina del cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues él ha enviado la llaga. Señora, no sé en trabajo tan grande otro mejor consuelo, que mirar que esto fué á provecho del Cardenal mi señor, que es en gloria, pues aunque dejó su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo; que ni la misericordia de Dios ni la vida de él otra cosa nos consienten pensar por incrédulos que seamos. Muy bien está, señora, gozando de aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardon al mismo á quien en esta vida tanto sirvió.

¡Oh válgame Dios! y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo apegaba á quien le miraba, ¡qué tal estará agora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir á nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel á quien amámos; en ninguna manera quiere estar acá; y si nos viese llorar, nos lo reprehendería; aunque sí ve y sí reprehende, y por eso es razon que se ponga templanza en ello. Deciame él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo habia de llevar nuestro Señor de este mundo en camino de salvacion; y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que habia de ir luego al cielo, sino que se embarcaria para purgatorio, y de allí iria á lo alto; y como nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar, para que él nos diga: Sube conmigo mas arriba; bien creo yo que hizo con él mas de lo que él esperaba, y que le tiene en su eterno gozo, pues acá le dió tanta gracia para le servir y amar. Hé aquí sus deseos cumplidos; ya tiene á su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba; y tambien verá á su muy querida y particular Señora la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de cárcel tan obscura, de cieno tan lodoso le libró y levantó al pobre, del polvo, y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría con los príncipes de su pueblo, y esta para siempre sin fin.

¡Oh señora, y si nunca saliéramos de esta habla que tan dulce era, trayendo á la memoria cómo nuestro buen padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! Oh si no fuera menester hablar para mas que para alegrárnos de su bien, pues que le amamos! Mas volviendo la plática á nuestra pérdida, témplenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios, que así lo ordenó, que si á nuestro amado padre le habia de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase á nosotros tan gran soledad en la tierra y tan verdadero dolor en el corazon. Señora, recio trance nos es este, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro. Cayósenos el árbol á cuya sombra descansábamos; no puede ser ménos sino quemarnos el calor del sol, y la rezura del frio que nos dará en descubierto. ¿Qué dirémos, ó qué harémos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados, y despertar nuestros ojos, que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que recordemos, y del todo nos desasamos de este mundo, no teniendo en él cosa en que poner el corazon, sino aguzándonos á imitar á nuestro buen maestro y padre, para que vamos adonde él fué, y nunca jamas le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo; alcemos los ojos al que es Padre de ellos, y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos mas menester, y nos llevó consigo á quien nos solia ayudar. Ya no escribirá á Vm. su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale á nuestro Señor, que le envie en el corazon lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados, y quiso parar á Vm. tal, para mas particularmente tener cuenta con ella, segun dice David (*Salm.* 9): A tí es dejado el pobre, y al huérfano tú serás ayudador. Licencia tiene Vm. para sentir este golpe, mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que á nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que él manda tener en medio de los trabajos: Dios llevó á nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oidos y remediados de él. Para quedar Jesucristo en lugar de hermano y de padre, se llevó al que lo era de Vm., pues la criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador á solas sí. Solamente sepa Vm. entender las obras de Dios, que no vienen de corazon airado, sino amador; y si es ira, es ira de padre, que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza; sépale responder con amor á este castigo de amor; sepa humillarse á la vara del Omnipotente, y abra su boca y beba esta purga con paciencia, que el celestial Médico le ha enviado no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura, el que con blandura no aprovechaba, y contemple cuán gran cuidado tiene nuestro Señor de su salvacion, pues por tantas partes le encamina á ella. Aquesto es, señora, como S. Gregorio dice, un gran empellon para ayudarnos á ir al cielo; porque con el dolor se purgan los pecados, y despertarémos de nuestra tibieza, y de hecho nos despedirémos de esta vida, y cobrarémos nuevos deseos de la otra; y pues para estos intentos lo envia nuestro Señor, no le seamos pesados en hacerle ofensa con lo que él envia, para que paguemos lo que hemos hecho, y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor á quien obedecer en el gozar y llorar; y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho; para que seamos hijos de obediencia, á los cuales solos está prometida la corona del cielo.



No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como él, para ir á reinar con él; no nos quitemos de nuestro Señor ni nos tengamos por ménos amados; ántes le démos gracias muy de corazon por el bien que á nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia, y por el azote que á nosotros envió; porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia. No tenemos, señora, por qué quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado: entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron, y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de estos han metido á Vm., y señaládola han con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos cómo fué puesto en ella, y la Madre de él cuán cerca estuvo de ella segun el cuerpo, y cuán en ella segun el corazon; y que era mas estar cerca de tal madre y tal hijo, por agria que le sea esta tribulacion, que no estar léjos sin ella. Abaje su cerviz, y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo soga que la desollaba; y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela, pues el Señor de todos llevó la pesada cruz por amor de ella: él la esforzará, pues él la ha afligido; él le enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante mas blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar á sus hijos; que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese Vm. la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde, alléguese á nuestro Señor como mejor pudiere; que él estará cerca de Vm., segun su promesa, y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo ha enviado; y haga ese corazon recio, teniendo escrito en él lo que dijo Jesucristo (*Joann.*, *c.* 15): Como mi Padre amó, amo yo á vosotros; el Padre amó á su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo á Vm. mucho, y por esto envíale estos; llévelos con paciencia, como el Hijo llevó los suyos, y será amada de él, y sentarla ha en el trono de él, como él se sienta en el trono del Padre. Y sea la conclusion, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos, y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de él poder ir á llorar con Vm. la comun pérdida: estórbalo ser el tiempo de adviento, y estar bien prendado por la palabra para una iglesia, que no es lícito dejarla. Suplicaré á nuestro Señor me haga merced de pasada la Pascua poderlo hacer. El sea consuelo de Vm., como Vm. ha menester, y como yo lo deseo.

## CARTA V.

A una señora monja, atribulada.

Recibida vuestra carta, dí gracias á nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es, que habeis padecido trabajos: no debeis alegraros poco, pues que el Señor os ama; ni debeis descuidaros, pues estáis entre peligros, mirando al que os llamó con tan grande amor. Debeis cobrar mucho esfuerzo, porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son estas que él suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos, y confíen en él entre los peligros.

No es de agradecer que ame la esposa al esposo en presencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto mas le ame, cuanto mas se le ausenta él, y tanto mas confíe, cuanto menores señales hay para ello. Bástaos, hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos á su conocimiento. No le pidais mas señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote, y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbeis; mas decid: Probarme quiere, no atribularme. Amad al Señor, aunque él os azote; confiad en él, aunque no le gusteis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejeis reposar hasta que recuerde y responda; que si sois fiel en su ausencia, verle heis venir á vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzáos á padecer, que á la medida de los trabajos os darán los consuelos.

No seais amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdéos, y hallaros heis; y si de una vez os fiásedes de Dios, y con amor os ofreciésedes á él, no habria cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbacion, y por esto decia nuestro Señor (*Joann.*, 14): No se turbe vuestro corazon ni tema; creis en Dios, pues creed en mí: de manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazon. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en él con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no pensais; mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo venceréis. Acordáos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar á la tierra que Dios les habia prometido, dijeron: La gente que la posee es mayor y mas fuerte que nosotros, tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al cielo; no podrémos vencer cosa tan fuerte, ¿para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenian fe los esforzaban diciendo que, siendo Dios de su parte, lijeramente vencerian, como hasta allí habian hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron